

SABRINA FEFFRIES

UN GRANUJA
EN MI CAMA

TERCIOPELO

Un granuja en mi cama



Un granuja en mi cama

Sabrina Jeffries

Denise Despeyroux



TERCIOPELO

Título original: *Let Sleeping Rogues Lie*

Copyright © 2008 by Deborah Gonzales

Todos los derechos reservados.

Publicado por acuerdo con el editor original, Pocket Books,
una editorial del grupo Simon & Schuster, Inc.

Primera edición: enero de 2010

© de esta edición: Libros del Atril, S.L.

© de la traducción: Denise Despeyroux

Marquès de l'Argentera, 17. Pral.

08003 Barcelona

info@terciopelo.net

www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.

Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1

Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-35-7

Depósito legal: M. 49.849-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi marido y a mis padres,
quienes juntos me enseñaron lo
que es la verdadera ética.

Prólogo

Chertsey, Surrey, octubre de 1803

—Su padre está preparado para recibirle, señor Dalton. —La criada de Norcourt Hall hizo un gesto con la cabeza y se apartó a un lado para dejar que Anthony entrara al estudio del vizconde.

Era una criada bonita, con grandes pechos que fascinaban a Anthony, quien apenas tenía once años. Y cuando le sonreía, los malos pensamientos que esos pechos provocaban en su cabeza le hacían sonrojarse.

Murmuró las gracias y se apresuró a entrar. La tía Eunice tenía razón. Él era el chico más malo de toda Inglaterra. Por mucho que le dijeran que no debía fijarse en los pechos de las criadas y que no debía desear tocarlos, él continuaba haciéndolo. Últimamente, la urgencia de ver mujeres desnudas lo carcomía como una enfermedad. Padre nunca debería sospecharlo. Jamás.

Cuando su padre se quitó las gafas para clavar en él una mirada severa, Anthony volvió a sonrojarse, con cierto temor de que Padre ya hubiera leído su mente malvada.

—Tengo entendido que querías tratar un asunto conmigo —dijo Padre.

Anthony tragó saliva. Puede que los ojos azules y las pobladas cejas negras de Padre fueran un reflejo de los suyos propios, pero cuando esas cejas se fruncían y se alzaban coronando las duras facciones el efecto era aterrador.

Haciendo acopio de valor, Anthony trató de no parecer intimidado.

—Padre, quiero ir al internado de Eton.

La mirada severa de su padre se suavizó por una fracción de segundo mientras plegaba sus gafas.

—Irás, hijo mío, irás. Cuando tengas doce años, igual que tu hermano.

Un año más. No podía soportar otro año viviendo con el tío Randolph y la tía Eunice Bickhams en Telford. Preferiría soportar el peor de los castigos en Eton antes que eso.

—Quiero ir cuando regrese Wallace la próxima temporada. —Ante el silencio de Padre, Anthony se apresuró a continuar—. Él dice que la mitad de sus compañeros de clase empezaron a los ocho años.

—Probablemente tenían muy buen nivel de latín para ser admitidos tan jóvenes.

—Yo también. —Ojalá fuera cierto. Detestaba el latín. A diferencia de las matemáticas, que las podía hacer hasta dormido. El latín no tenía ningún sentido.

Su padre alzó una ceja.

—Tu tío dice que ni siquiera eres capaz de leer a Cicerón.

—Porque Cicerón es incluso más denso que la cabeza de Wallace —dijo por lo bajo.

Cuando Padre congeló su mirada, Anthony se quiso morir. ¿Por qué nunca podía mantener la boca cerrada?

—Le ruego que me perdone, Padre, yo no quería decir que Wallace...

—¿Que Wallace fuera tonto? Efectivamente, lo has dicho. Pero supongo que es de esperar que el hermano pequeño sea un poco imprudente con el hermano mayor. —Padre dio unos golpecitos con las gafas sobre el brillante escritorio caoba—. Lamentablemente, se requiere competencia en el latín, y tu tío dice que no has hecho ningún esfuerzo para lograr adquirirlo desde que regresaste a casa por Semana Santa.

¿Y cómo iba a hacerlo? Era muy difícil aprender latín si, además, uno tenía que dedicarse a memorizar los preceptos contenidos en la *Guía para instruir a los jóvenes en la virtud y la religión* para la tía Eunice.

—Si me hiciera un examen, podría comprobar que sé suficiente latín.

—No necesito hacerte ningún examen. Con la palabra de tu tío me basta.

Anthony sintió que el sudor le corría por la nuca. ¡Nunca escaparía de los Bickhams, nunca! Tras la muerte de su madre,

su padre lo había enviado a vivir con ellos como una medida «provisional», y sin embargo ya habían transcurrido tres años desde entonces.

Aprendió a no llorar por su madre desde la tercera vez que la tía Eunice le abofeteó por eso, pero por lo visto aún no había aprendido a reprimir sus malos pensamientos y a contener sus palabras.

—Y ya que no puedo ir a Eton, ¿por lo menos puedo volver a casa? Si usted supervisara mis estudios, sé que en muy poco tiempo sería capaz de leer incluso el latín más difícil.

La dura mirada de su padre clavada en él le hacía sentirse incómodo, pero mantuvo las apariencias. Padre despreciaba cualquier signo de debilidad.

—¿Hay alguna razón para que no quieras continuar viviendo con tus tíos?

¿Acaso la tía Eunice habría contado a Padre los innumerables y humillantes castigos que había procurado a Anthony por culpa de su mal carácter? Se moriría si así era. Pero ella le había prometido no contarlo si él juraba ser mejor. Así que él había jurado e implorado y había hecho todo lo que ella pedía, consciente de que nunca escaparía de la casa de los Bickhams si Padre conocía todo el alcance de su malvada naturaleza.

Inicialmente, Anthony había sido desterrado con su tía porque, según su padre, «un chico que ha sido mimado por su madre necesita un entorno estricto». ¿Acaso Padre cambiaría de parecer si descubría que Anthony era demasiado malvado para sacar provecho de ese entorno?

Consiguió encogerse de hombros ligeramente.

—La casa del tío Randolph no es como ésta, eso es todo. Quiero estar en casa con usted.

Una débil sonrisa iluminó el rostro de su padre.

—A veces me recuerdas tanto a... —La sonrisa se desvaneció—. Lo siento, chico. No creo que sea bueno para ti vivir en Norcourt Hall precisamente ahora. Estarás mejor con tus tíos.

La desesperación lo embargó. Entonces tendría que pasar otro año arrodillado en el suelo de mármol durante tardes enteras mientras la tía Eunice le leía *Los sermones de Wesley*. Otro año de baños helados con los que ella intentaba congelar

en el olvido sus desagradables urgencias. Otro año encerrado solo durante horas en la oscuridad...

¡No!

—Padre, yo prometo ser bueno. Apenas notará que estoy aquí. Estudiaré a conciencia y obedeceré en todo lo que se me diga. No diré ni una palabra a menos que se me pregunte.

Padre rio tristemente.

—Me temo que eres incapaz de hacer eso, Anthony. Además, esto no tiene nada que ver con la bondad. Estaré fuera en la finca de un amigo, en el norte, para observar su nuevo sistema de riego, que espero implementar aquí. No puedo llevarte conmigo, y no tengo tiempo para buscar un tutor. Y no voy a dejarte al cuidado de los criados. Deberás regresar a Telford hasta que puedas ingresar en Eton, cuando tengas doce años, y esta es mi última palabra.

Su padre se colocó bien las gafas y retomó la lectura del periódico, como señal de que daba por acabada la discusión.

En aquel momento, Anthony odió a su padre terriblemente, lo cual sólo era una prueba más de su mal carácter.

Sin embargo, se había ofrecido a ser bueno y no había importado. A Padre no le importaba lo mucho que Anthony se esforzara. A Padre no le importaba lo que él hiciera, siempre y cuando se encontrara lejos de Norcourt Hall. Y la idea de regresar a Telford con su tía...

Anthony sintió una punzada de dolor en el pecho y las lágrimas asomaron a sus ojos. Las contuvo con dureza. ¡No debía llorar! Ya no era un niño. Prácticamente era un adulto, o lo sería muy pronto.

Debía ser capaz de conseguir ir a Eton si así lo quería. Debía ser capaz de hacer lo que le diera la gana sin que nadie se lo impidiese.

Había intentado complacer a su tía y a Padre. ¿Y qué había sacado de eso? Se le seguían escapando malas palabras todo el tiempo, y el chico malo que había en él siempre se excitaría cada vez que viera a una chica bonita, así que lo seguirían castigando.

Bien. Ya que iba a sufrir de todas formas, sería mejor darles buenas razones para que lo castigaran.

Así que cuando salió del estudio de su padre y se cruzó con

la atractiva criada, no hizo ningún esfuerzo por ocultar la mirada de admiración a sus generosos pechos.

Ella se rio.

—¡Señor Dalton, es usted incorregible!

«Incorregible.» Le gustaba cómo sonaba. Porque lo era... o lo sería a partir de entonces. Y eso es lo que iba a demostrarles.

—Sí —dijo alzando la barbilla—, y no lo olvides.

Luego salió pavoneándose, enterrando su mala conciencia tan profundamente que nunca volvería a molestarle.

Capítulo uno

Querida Charlotte:

Me alegra que por fin hayáis delegado mayor responsabilidad en vuestras profesoras, en lugar de cargarla toda sobre vos. La señorita Prescott en particular parece muy valiosa, dada su inclinación por la contabilidad. Sé lo mucho que aborrecéis los números, así que esta es la mejor manera de que podáis seguir llevando el control sin tener que someteros a la tortura de hacer sumas.

Vuestro primo y amigo, Michael

Por quinta vez aquel día, la señorita Madeline Prescott miraba fijamente el sobre sellado. La palabra «rechazado» estaba escrita en él con caligrafía atrevida.

No podía creerlo. A pesar de no haber recibido respuesta a su carta anterior, ella seguía esperando que sir Humphry Davy leyera algún día una de sus cartas. Si eran rechazadas por sistema, no había ni la más pequeña esperanza de hacer llegar su caso personalmente al famoso químico.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Y ahora qué? No sabía a quién acudir, y su padre empeoraba día a día. Si no encontraba una solución pronto...

—Ah, estás aquí —dijo la señora Charlotte Harris, dueña y administradora de la Escuela de Señoritas de la señora Harris, al entrar a la oficina—. Imaginaba que te encontraría aquí.

Madeline guardó la carta en el bolsillo del delantal y forzó una sonrisa.

—Todavía estoy comprobando las cuentas.

La señora Harris se sentó al otro lado del escritorio, agitando sus rizos cobrizos.

—No te envidio lo más mínimo. Agradezco que te hagas cargo de esas obligaciones.

Su jefa no le estaría tan agradecida si tuviera idea del escándalo que había asociado al nombre de Prescott en Shropshire. La señora Harris esperaba que sus profesoras tuvieran una reputación intachable.

Un lacayo apareció en el umbral de la puerta del despacho y se dirigió a la señora Harris.

—Un tal lord Norcourt ha venido a visitarla, señora.

A Madeline se le secó la garganta. ¿El sobrino de sir Randolph Bickhams aquí? ¿Acaso el vizconde Norcourt podría estarla buscando por el malvado plan que su tío tenía contra su padre? ¿Acaso sir Randolph habría descubierto que estaban en Richmond?

No tenía sentido. No sólo porque el vizconde nunca la había conocido a ella, sino además porque se rumoreaba que él y sir Randolph estaban peleados. ¿Se habría enterado lord Norcourt de la conexión que ella tenía con su familia?

Incluso si era así, no podía saber que ella impartía clases allí. No se lo había contado a nadie de su casa en Telford. Y se había asegurado de ocultar su antigua vida a la señora Harris.

La señora Harris parecía perpleja.

—Pero si yo no conozco a lord Norcourt.

—Creo que está aquí por una futura pupila —dijo el lacayo.

Madeline se hundió en la silla aliviada. No era más que una casualidad. Gracias al cielo.

—No tengo plazas para este curso —dijo la señora Harris.

—Ya se lo he dicho, señora. Pero aún así insiste en hablar con usted.

La señora Harris se volvió hacia Madeline.

—¿Sabes algo sobre lord Norcourt?

—Un poco —respondió ella evasivamente—. Heredó el título de su hermano mayor el año pasado. Antes de eso, puede que lo hayas conocido como el honorable Anthony Dalton.

La señora Harris pestañeó.

—¿Ese sinvergüenza aficionado a las viudas?

—Eso dicen.

—Me pregunto por qué está aquí. No tiene hijas para matricular. —La señora Harris lanzó una mirada al lacayo y se llevó una lánguida mano a la sien—. Las malas lenguas cuentan que ha seducido a la mitad de las viudas de Londres.

—Eso es imposible. —Madeline hizo veloces cálculos mentales—. Entre una población de más de un millón de habitantes, si al menos una vigésima parte son viudas, tendría que haberse ido a la cama con una mujer cada cuatro horas durante los últimos diez años para conseguir esa cifra. Eso difícilmente le dejaría tiempo para el juego y para las fiestas desenfadadas.

La forma en que la señora Harris arqueó las cejas demostraba que no apreciaba especialmente la perspectiva práctica de Madeline. Pero poca gente lo hacía.

—He oído hablar de esas fiestas —dijo la señora Harris con dureza—. El primo Michael incluso me describió una.

«El primo Michael» era el primer benefactor de la escuela, un individuo solitario que comunicaba a la señora Harris cualquier información social de carácter valioso para las herederas que ella tenía a su cargo. En privado, Madeline se preguntaba si el primo Michael de verdad estaba tan apartado de la sociedad como él daba a entender. Pero probablemente no lo descubriría nunca, ya que la identidad de aquel hombre no había sido revelada a nadie, ni siquiera a la señora Harris.

—No creerás que lord Norcourt ha venido hasta aquí porque yo soy viuda, ¿verdad? —preguntó la administradora caminando de un lado a otro ante la ventana que daba a los extensos jardines de la escuela.

—Lo veo muy poco probable.

—El caso es que yo no tengo nada que ver con ese hombre. —La señora Harris se volvió hacia Madeline—. Quizás deberías hablar tú con él. Es hora de que empieces a aprender a manejarte con este tipo de cosas, y tú probablemente tendrás más tacto con él que yo, dada su reputación.

—Pero...

—¿Por qué ibas a limitarte a dar clases y llevar la contabilidad de la escuela? Has demostrado reiteradas veces que puedes manejar responsabilidades mayores. Así que ve a explicarle a lord Norcourt que no tenemos plazas.

Madeline vaciló. ¿Qué pasaría si ese hombre reconocía el apellido de su padre?

No, eso era una tontería. Prescott era un apellido de lo más

común. Y difícilmente estaría familiarizado con los médicos del pueblo de su tío.

Madeline se puso en pie y asintió.

—Me ocuparé del asunto inmediatamente.

Cuanto más se congraciara con la señora Harris, más sólido sería su puesto en la escuela y resultaría menos probable que perdiera su posición si el escándalo que envolvía a su padre se desataba.

Mientras seguía al lacayo hacia el vestíbulo, se le ocurrió otra cosa. Por mucho que hubiera oído acerca de su reputación de sinvergüenza, el vizconde tenía relación con hombres de ciencia y conocimiento. ¡Según los informes, conocía al mismísimo sir Humphry Davy en persona! Ella tenía que aprovechar esa oportunidad a su favor para salvar a su padre y recuperar su antigua vida.

¿Pero cómo lograrlo si tenía que deshacerse de su señoría?

Cuando se acercaron al vestíbulo ella pidió al lacayo que se detuvieran a la sombra de las escaleras, pues primero quería examinar al hombre que caminaba de arriba abajo sobre el suelo de mármol con pasos rápidos y libres, juntando las manos detrás de la espalda.

Lord Norcourt era considerablemente más alto y más guapo que su odioso tío. Con su chaqueta, su chaleco y pantalones negros extremadamente delicados, a juego con el pelo negro cortado a la moda y cayendo sobre el cuello blanco, era una criatura tan magnífica como cualquier buen ejemplar de macho salvaje de esos que se describían en su libro de historia natural.

Ella examinó sus rasgos en el espejo que había tras él... la frente noble, la nariz aguileña, boca sensual, la mandíbula cuadrada. Pero todo eso no era nada comparado con su figura esbelta, que le habría llevado muchas horas forjar practicando esgrima, boxeo o cualquier otro deporte de caballeros.

Sí, en efecto era una bestia espléndida.

De pronto, él se detuvo ante el espejo con la cabeza ladeada, como un ciervo que nota el aroma del peligro, y ella tuvo tan sólo un segundo para prepararse antes de que él se girara para fijar en ella unos asombrosos ojos azules, de la mismísima tonalidad de los cristales de azurita que ella guardaba en

un bote sobre su escritorio. Y dos veces más intensos, por no decir desconcertantes. Tenía todos los puntos para ser ese sujeto desvergonzado que describían los cotilleos.

—La señora Harris, supongo —dijo él, haciendo una breve reverencia incluso más altanera que la que habría hecho su tío.

Con el corazón acelerado, ella avanzó unos pasos.

—No, milord. Soy la señorita Prescott. —Él se limitó a lanzarle la misma mirada de desprecio que hubiera dedicado a cualquier subalterno.

—Quiero hablar con la directora.

—Está ocupada, por eso me ha enviado a mí. —Lord Norcourt frunció el ceño con irritación y ella despidió al lacayo tratando de que su tono sonara autoritario. Luego sonrió fríamente—. Yo me encargo de las finanzas de la escuela. También enseño matemáticas. Y además historia natural, cuando tengo tiempo.

Los rasgos cincelados del vizconde se suavizaron.

—¿Una naturalista? Eso es fabuloso. Debería haber más de esas en las escuelas para jovencitas.

El despreocupado cumplido la dejó sin habla. A excepción de la señora Harris, nadie había visto su interés por las matemáticas y la historia natural como una virtud. Desde luego ningún hombre a excepción de su padre lo había hecho. Qué extraordinario.

Pero cuando el cumplido fue seguido de la mirada de él, una mirada que la evaluaba y que terminó en una sonrisa que cortaba la respiración, toda dientes blancos y de un atractivo halagador, ella lo miró con más cinismo. ¿Acaso no era un excelente seductor de mujeres? No era de extrañar que acabaran en su cama tan rápidamente.

—Supongo que se pregunta por qué estoy aquí —continuó él. Su sonrisa se desvaneció de golpe—. Verá, mi hermano mayor y su esposa murieron el mes pasado en el incendio de una posada.

—Lamento mucho su pérdida —murmuró ella.

Su gesto de reconocimiento dejó caer una onda de cabello negro sobre su frente. Él la apartó con una rapidez que indicaba que era un gesto que repetía con frecuencia.

—Dejaron una hija de doce años, la honorable señorita

Teresa Ann Dalton. Por eso estoy aquí. Para inscribir a mi sobrina en su academia.

—El lacayo le habrá explicado que no quedan plazas disponibles en este momento.

Él arqueó una ceja.

—Ese tipo de cuestiones generalmente pueden arreglarse con una suma de dinero.

Gracias a Dios que la señora Harris no se ocupaba del asunto, ya que la insinuación de que su voluntad pudiera comprarse habría puesto fin a la conversación. Pero Madeline se negaba a echar al vizconde antes de averiguar si éste podría procurarle alguna ayuda para papá.

—Lo que sucede —dijo, suavizando las palabras con un tono amable lo mejor que pudo— es que la señora Harris no necesita que le hagan ofertas de dinero. Requerirá alguna razón de mayor peso para considerar su petición.

—El gusto refinado de su directora sin duda es un mérito, al igual que su currículum fuera de lo común. Pero, sin duda, ninguna de ustedes permitiría que algo tan arbitrario como el número de alumnas haga dejar al margen a una chica de inteligencia superior que incrementaría el prestigio de su institución.

—Hay otras escuelas...

—No inscribiría ni a mi caballo en ninguna de ellas, y mucho menos a una joven tan influenciable. Funcionan fatal, proporcionando una educación mediocre y frívola.

Estaba claro que se había informado concienzudamente. Y sin duda la señora Harris podría encontrar lugar para otra chica, haciendo algunos ajustes. Además, si Madeline podía conseguirle ese favor a lord Norcourt...

Pero primero tendría que convencer a la señora Harris, y para eso debía enterarse de algo más.

—¿Por qué se ha hecho usted cargo de su sobrina? ¿No es poco corriente nombrar a un hombre soltero como tutor?

—El hombre casado que nombró mi hermano murió hace unos años, y Wallace nunca se tomó la molestia de cambiar su testamento. —Un tono arisco asomó a su voz—. La negligencia era su talento especial.

Eso era lo que ella había oído. En Telford, Wallace Dalton

era conocido como un hombre extravagante y a la vez aburrido que había desatendido su finca de Surrey persiguiendo un alto nivel de vida. A Madeline no le sorprendería que hubiera dejado a su hermano menor una buena cantidad de deudas.

—Afortunadamente —continuó el vizconde—, mi sobrina ha heredado una sustancial suma de dinero a través de un acuerdo de matrimonio de su madre, un dinero que mi hermano no podía tocar. Así que si le preocupaba que su legado no pudiera pagar los honorarios...

—Simplemente trato de entender su situación legal. ¿Es usted el tutor de la señorita Dalton, sí o no?

Por primera vez las maneras confiadas del vizconde flaquearon.

—No lo soy —admitió, y luego añadió rápidamente—: pero espero serlo muy pronto. El tribunal debe nombrar a alguien y yo he solicitado ser su tutor, y tengo toda la esperanza de que se me conceda.

¿Con su reputación? Madeline no sabía mucho sobre tribunales, pero tenía serias dudas de que asignaran a un soltero desvergonzado como tutor de una jovencita.

Sin embargo, era un vizconde. ¿Y acaso estaría allí si no estuviera seguro del resultado?

—¿Su sobrina no tiene otros parientes interesados en servir de tutores?

Un músculo de su mandíbula se agitó.

—Mi tío y mi tía maternos también han hecho una solicitud como tutores ante el tribunal.

¿Se estaría refiriendo a los Bickhams? Pero su hija, Jane, ya era mayor. ¿Por qué iban a querer ocuparse de un pariente joven a su edad? A menos que...

—La finca de su hermano debe de representar una buena suma para el tutor —dijo ella.

Todo rastro de su encanto se desvaneció.

—No es el dinero de mi sobrina lo que persigo.

—Oh, yo no quería insinuar que usted...

—Tessa ha estado viviendo con mi tía Eunice y mi tío Randolph desde que murieron sus padres, y ellos la hacen más desgraciada cada día.

Madeline podía creerlo. Los Bickhams harían desgraciado a

cualquiera, especialmente a una chica dolida que necesitaba consuelo, y no sermones morales.

Pobre señorita Dalton. Cuando Madeline perdió a su madre hacía unos pocos años, al menos había tenido tiempo para recuperarse. No se había visto en medio de una batalla entre parientes inmediatamente después.

—Una cosa es que esté triste —dijo ella—, pero desde luego sus parientes no van a maltratarla.

—Eso es precisamente lo que yo temo. —Sus rasgos se endurecieron—. Ya lo han hecho antes.

¿A quién? Sin duda no sería a él. Si la memoria no la engañaba, él había vivido con los Bickhams durante un breve periodo cuando era niño, pero su padre estaba vivo entonces, y ni siquiera los Bickhams serían tan prepotentes como para maltratar al hijo de un vizconde.

Tal vez lord Norcourt se refería a su prima Jane. Se había casado y vivía en Telford, y sin embargo era notorio que evitaba a sus padres. Madeline guardó silencio.

—Debo sacar a Tessa de ese horrible lugar —continuó él—. Ninguno de esos dos es adecuado para educar a un niño, y mucho menos mi tía.

—Entiendo su preocupación —dijo ella suavemente—, pero no veo de qué manera puede ayudar a inscribir aquí a su sobrina.

—Los Bickhams cultivan una fachada de familia acogedora. Tienen una buena posición, son una familia respetable en una localidad tranquila de la campiña. A los ojos del tribunal, sus ventajas pesan más que las desventajas, siendo yo un soltero de mala reputación, incluso aunque tenga título. La única forma de equilibrar la balanza es mostrar que yo puedo ofrecer otras ventajas: el refinamiento de la ciudad, una vida social más adecuada a su rango, el tipo de cosas que no puede recibir en el campo. Por eso resulta tan importante que usted la acepte aquí.

—Entiendo.

Lo entendía muy bien. La situación de su sobrina era casi tan desesperada como la suya. Pero las dos podrían beneficiarse si Madeline le hacía aquel favor al vizconde.

—Muy bien, milord, hablaré con la señora Harris en su favor. Tenga la amabilidad de esperar aquí hasta que regrese.

Abandonó el lugar, ignorando el dolor que le provocaba el evidente afecto que el vizconde sentía por su sobrina. Papá había sido igual de protector respecto a su futuro, hasta que sir Randolph arruinó su reputación y acabó con su sustento.

Brotó un sollozo en su garganta. Por aquellos días, papá ya no era capaz ni de levantarse de la cama, y mucho menos de defenderla. Su tristeza lo abrumaba demasiado como para luchar, y sin los ingresos de su trabajo, pronto se quedarían sin fondos, a pesar del modesto puesto que ella tenía.

Debía devolverle a papá su antigua vida, incluso si eso suponía implorar un favor al vizconde. Pero sólo podría hacer eso si convencía a su jefa de que aceptara a la señorita Dalton.

Eso resultó ser más difícil de lo esperado. Aún después de que Madeline explicara la situación desesperada de la señorita Dalton, la señora Harris seguía sin decidirse.

—Él es un sinvergüenza, por el amor de Dios. No debería estar a cargo de una jovencita.

—Y no lo estará —señaló Madeline—. Lo estaremos nosotras. Además, tú sabes que los cotilleos son siempre exagerados. Su reputación no puede ser tan mala como se dice.

—¿Eso crees? Entonces no debes de haber oído lo mismo que yo. ¿Qué me dices de los asuntos depravados en los que se ve envuelto, esos que siempre lo llevan a aparecer en los periódicos?

—Si está usted hablando de mis fiestas de óxido nitroso, señora —interrumpió una voz masculina desde el umbral de la puerta— tenga en cuenta que éstas se hacen por el bien de la investigación científica.

Madeline gruñó. Debería haber supuesto que el vizconde no la dejaría ocuparse sola del asunto. Era el tipo de hombre acostumbrado a hacerse cargo de las cosas.

Lord Norcourt entró con la ira reflejada en sus facciones.

—A mis fiestas asisten algunas de las mentes más brillantes de las artes y las ciencias.

Esa era precisamente la razón por la que Madeline estaba tratando de ayudarlo. Pero ahora, sacando a la luz su carácter, ese tonto arrogante estaba poniendo en peligro su destino con la señora Harris.

—Lord Norcourt, le presento a mi superiora —se apresuró

a intervenir, decidida a recuperar el control—. Señora Harris, permítame presentarle...

—No hay necesidad de presentar a un hombre cuya reputación lo precede —dijo la señora Harris, dejando aflorar su propio carácter mientras se volvía hacia el vizconde—. Y esas «mentes brillantes» no son sus únicos invitados, señor. ¿Qué me dice de las mujeres semidesnudas que dan brincos por ahí mientras los jóvenes hombres «de las ciencias y de las artes» dan caladas a sus bolsas de gas y se comen a las mujeres con los ojos a modo de deporte? De acuerdo con mis fuentes, muy dignas de confianza, sus fiestas no siempre se celebran por «el bien de la investigación científica».

Los ojos de él brillaron de irritación.

—Usted debe de tener fuentes muy interesantes. Y sí, soy consciente de que tendré que ser más discreto con una jovencita en mi casa. No habrá más fiestas de solteros bajo mi techo, y no habrá más mujeres a excepción de una respetable dama de compañía para atender a Tessa. Cuando mi sobrina no esté aquí, tendrá la misma vida que la joven hija de un lord.

—¿Está diciendo que abandonará a sus amantes y las largas noches en los clubes?

—Ella nunca oirá ni verá nada que pueda avergonzarla o corromperla —dijo a modo de evasiva—. Dudo que pueda esperar más de cualquier hombre casado que envíe aquí a su hija, felizmente ignorante de las actividades de su papaíto.

La señora Harris prefirió no contestar que los padres de sus alumnas no se entregaban a malos comportamientos; sabía que muchos hombres considerados respetables lo hacían.

—Si creyera que su señoría es capaz de ser discreto, puede que encontrara una plaza para su sobrina en este curso, pero dada su reputación de hacer alarde de su mala vida, realmente dudo que...

—¿Está cuestionando mi palabra, señora? —pronunció las palabras con suavidad, lo cual sólo consiguió hacer su amenaza más escalofriante.

Y la señora Harris siempre había despreciado las amenazas.

—Digamos que con el transcurso de los años me he vuelto algo cínica respecto a la capacidad de los hombres para cambiar sus costumbres.

El vizconde plantó las manos sobre el escritorio.

—Una cosa es ser cínica, pero ser cruel y no tener compasión es otra muy distinta. Yo puedo jurarle que si mi sobrina es educada con la severidad de mis parientes su alma quedará marcada para toda la vida.

A pesar de que la señora Harris se estremeció, no llegó a ablandarse.

—Entonces tendrá que inscribirla en otra escuela para jovencitas.

—¡No puedo! —Hizo una mueca de dolor, luego se apartó del escritorio soltando una maldición, como si no hubiera querido decir eso—. No puedo inscribirla en otro lugar.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Harris.

—Porque no la aceptarán.

—Creí que había dicho que era usted quien no quería otras escuelas —señaló Madeline.

—Y así es. Pero por otra parte han rechazado darme una plaza hasta que gane la custodia. No quieren verse involucrados en mi lucha.

—Y yo tampoco —dijo la señora Harris.

—Sí, pero usted tiene la reputación suficiente para afrontarlo, y ellos no. Lamentablemente, a menos que encuentre una escuela respetable donde matricularla, de manera que pueda demostrar que estar bajo mi custodia es una ventaja, no me concederán ser su tutor. Ese es mi problema.

La señora Harris alzó la barbilla.

—Su problema es que las directoras de colegios no se dejan convencer tan fácilmente para traicionar sus propios principios como las compañías femeninas que habitualmente frecuenta.

Él apretó la mandíbula.

—Ya veo que incluso una mujer tan abierta al pensamiento como usted puede demostrar una mente obtusa en referencia a los hombres. No me acerqué a usted hasta el final de mi búsqueda porque sospechaba que sus bien conocidos «principios» la harían abstenerse de ayudarme. Por lo visto estaba en lo cierto. Buenos días, señoras.

Mientras se alejaba, Madeline sintió crecer el pánico. No podía permitir que la señora Harris ahuyentase al vizconde. ¡Él podía ser la única oportunidad de ayudar a su padre!

—Tal vez su señoría pueda demostrar que es un tutor aceptable para una joven —soltó de golpe Madeline.

Mientras el vizconde se detenía, con una vaga chispa de esperanza en su rostro, la señora Harris la miró frunciendo el ceño. Madeline tenía que manejar el asunto con mucho tacto. No podía arriesgarse a perder su puesto en su entusiasmo por ganarse el favor del vizconde.

—Si su señoría demostrara que es capaz de llevar discretamente sus actividades privadas —continuó Madeline—, ¿no sería beneficioso para la escuela aceptar a su sobrina? Pienso en el prestigio de tener una estudiante que ha sido hija de un vizconde y ahora es sobrina de un vizconde. Tenemos muy pocas pupilas que pertenezcan a la nobleza.

—Eso es cierto —dijo la señora Harris—, pero si acepto encargarme de ella, estaré demostrando que apoyo la petición de su señoría de ser su tutor, lo cual me coloca en una posición incómoda.

—No es necesario que te comprometas en nada hasta no estar convencida de que lord Norcourt es capaz de ser un buen tutor.

—No puedo quedarme cruzado de brazos esperando a que una directora magnánima decida mi destino —gruñó él—. Tengo que ocuparme de las deudas de mi hermano, tengo una finca por atender...

—Lo entiendo. Pero demostrar su competencia no le llevará más que un par de semanas. Mi propuesta le permitirá ser útil para la escuela, y a la larga para su sobrina.

—Realmente, Madeline, esto no tiene sentido —intervino la señora Harris—. ¿Qué podría ofrecer su señoría que fuera útil para la escuela?

Madeline concentró todo su poder de persuasión en su recelosa jefa. No estaba dispuesta a dejar que esa oportunidad se le escapara de las manos.

—¿Cuántas veces has lamentado que las chicas carezcan de experiencia a la hora de tratar con sinvergüenzas y cazadores de fortunas? No importa cuánto las alertemos acerca de ellos, en el momento en que se hallan en presencia de algún caballero atractivo que les haga cumplidos lo olvidan todo.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó la señora Harris

irritada pero sin rechazar la propuesta de Madeline. Era cierto que muy a menudo se desesperaba por lo tontas e impresionables que llegaban a ser las jóvenes.

—Si las chicas pueden escuchar las advertencias de un experto en estas manipulaciones sabrán hacer caso. —Se cuadró de hombros y miró a su superiora de frente—. Creo que el vizconde podría dar algunas lecciones a nuestras chicas.

La señora Harris contuvo un grito.

—¿Qué tipo de lecciones podría...?

—Podría enseñarles a las chicas cómo evitar las manipulaciones de los sinvergüenzas y canallas. —Madeline sonrió—. Podría dar lecciones sobre libertinos.

Capítulo dos

Querido primo:

No recuerdo haberos dicho que odie los números. ¿Cómo sabíais que prefiero fregar con un trapo y una palangana antes que hacer las cuentas de la escuela?

Vuestra asombrada allegada, Charlotte

Anthony miraba boquiabierto a la señorita Prescott, inseguro de qué hacer ante su propuesta. Por otra parte, ¿qué demonios eran las lecciones sobre libertinos?

—¿Estás sugiriendo que deje entrar al zorro en el gallinero para corromper a nuestras chicas? —replicó la señora Harris.

—Oh, por el amor de Dios... Yo no corrompo muchachas. ¿Por qué habría de hacer eso cuando el mundo está lleno de mujeres adultas ya corrompidas? Las escolares virginales con papás armados y las inseguridades infantiles causan demasiados problemas. Prefiero mujeres que saben lo que quieren y que no tienen vergüenza de tomarlo. —Miró a la señorita Prescott frunciendo el ceño—. Así que no tengo nada útil que enseñar a sus pupilas.

—Estoy segura de que las técnicas de seducción son las mismas para todas las mujeres —insistió la pequeña maestra—. Hay rumores de que usted ha disfrutado... los favores de varias viudas. Debe de tener algunos trucos para atraerlas, el mismo tipo de trucos que un hombre con menos escrúpulos podría emplear para seducir a una joven inocente. —La señorita Prescott le dedicó una sonrisa inocente que hizo brillar su piel color crema—. A menos que usted opine que las mujeres caen en sus brazos simplemente por su gallarda apariencia.

—Es una razón tan buena como cualquier otra —le devol-

vió él, preocupado por la clara inmunidad de la maestra ante su «gallarda apariencia»—. No tengo ni idea de qué es lo que lleva a las mujeres a escogerme como amante. Tal vez debería preguntárselo a ellas.

—Hágame una lista y lo haré. —Cuando él pestañeó, ella lanzó a la señorita Harris una mirada rápida y añadió en un tono de advertencia—: Aunque una investigación de ese calibre podría prolongar el proceso antes de inscribir aquí a su sobrina.

¿Aquella mujer estaba tratando de ayudarlo para burlar a la directora? Si era así debía de tener sus razones. Había conocido a un montón de maestras en su interminable expedición a través de los colegios de Londres como para saber que todas estaban ansiosas de escapar de su miserable existencia.

Y sin embargo...

Esta parecía diferente. Por un lado, era mucho más bonita que las demás. Por otro, iba vestida como alguien que disfruta lo que hace. La señorita Prescott no llevaba tejidos de lana grises. Su alegre vestido de muselina con topos amarillos resaltaba el bonito color de su piel y acentuaba su pequeña figura en los lugares adecuados.

Alguna gente consideraría a la señora Harris la más bella de las dos mujeres, por su exótico cabello rojizo y sus ojos azules, pero la rigidez de la viuda no lo convencía. Él encontraba a la señorita Prescott, con sus maneras abiertas y francas, mucho más atractiva. Le parecía más una granjera del campo, con sus rizos de un rubio miel y sus mejillas color manzana.

Excepto por aquellos excepcionales ojos de color ámbar. Ojos de gata. Tentadores ojos. Y era notable que esos ojos se posaran en él como podrían posarse en una escultura fascinante, sin ánimo de flirteo ni de censura. Las mujeres nunca lo miraban así. Eso lo llevaba a preguntarse si realmente ella estaba tratando de ayudarles a él y a Tessa.

No es que lo estuviera haciendo muy bien, dado lo absurdo de su propuesta.

—Yo no sabría cómo dar esas lecciones. No soy consciente de usar ningún «truco».

La señorita Prescott dejó escapar la risa desatada de alguien que nunca ha sido educada por una madre para estar en sociedad.

—Disculpe, pero ¿no dijo una vez que «donde hay una viuda hay un camino»? Eso implica cierta destreza para tratar con las mujeres.

Él se puso tenso. El comentario idiota que había hecho a sus amigos estando borracho lo había perseguido durante años. Qué inteligente por su parte usarlo para hacerle parecer un seductor calculador. Desde luego no era ningún santo, pero tampoco era como su amigo, el marqués de Stoneville, que se llevaba mujeres a la cama sólo para demostrar que podía hacerlo. Tal vez ella era más crítica con su carácter de lo que dejaba ver. Tal vez ella era como todas las demás.

Deliberadamente, él dejó que sus ojos se demoraran en sus bonitos labios.

—Tocado. Aunque, por el bien de mi propio orgullo, espero que reconozca que algo de mi talento con las mujeres pueda venir de mis encantos naturales.

La jovencita no se ruborizó lo más mínimo.

—Sin duda. Si usted reconoce que algunos hombres son más hábiles que otros a la hora de atraer a las mujeres y mantener su interés, con independencia de su aspecto. Del mismo modo que algunas mujeres son más hábiles atrayendo a los hombres.

Ella miró a la recelosa señora Harris.

—Nuestras jóvenes saben cómo atraer a los hombres. Pero si pudieran saber cómo tientan los hombres a las mujeres... si pudieran oírlo en boca de un hombre que es experto en ello... puede que sean capaces de reconocer cuándo el hombre que las corteja no es del todo sincero.

—Se refiere a los hombres como yo —dijo arrastrando las sílabas, todavía inseguro de qué hacer con ella—. ¿Cree que no soy sincero?

—De hecho, milord, es usted famoso por desconcertar a la gente con sus opiniones francas y escandalosas. —Ella arqueó una ceja—. Aunque sospecho que es más prudente con las mujeres que pretende seducir.

Él la miró fijamente.

—Eso depende de la mujer.

—Exactamente —dijo ella—. Y eso sería una muy buena lección para nuestras chicas... de qué manera un libertino

puede adaptar sus estrategias de seducción para cada mujer en particular.

Él afiló la mirada. Así que eso era lo que entendía por lecciones sobre libertinos. ¿Pero por qué presionaba a su jefa? ¿Únicamente por los pocos detalles que le había contado acerca de Tessa?

Metió la mano en el bolsillo y de repente encontró la caja de papel maché para tabaco que su sobrina había hecho especialmente para su tío favorito. No se le había ocurrido que él nunca tomaba tabaco, y Dalton no se lo había hecho notar, especialmente después de ver el diminuto y a su vez encantador y torpe dibujo que había pintado en la tapa.

Le había entregado el regalo la última Navidad, antes de la prematura muerte de Wallace. Era la última vez que habían estado juntos. La última vez que la había visto sonreír.

Se enderezó. Puede que la propuesta de la señorita Prescott fuera extraña y hasta ofensiva, pero no podía rechazarla si servía para evitar el sufrimiento de Tessa.

—Si su señoría diera esas lecciones —preguntó quisquillosa la señora Harris—, ¿en qué sentido probaría eso que es aceptable como tutor?

Era una buena pregunta. Él miró expectante a la señorita Prescott.

—Eso nos permitiría observar cómo trata a las chicas. Seríamos testigos de primera mano de cómo controla su lenguaje ante ellas y de que se comporta como un caballero. Comprobaríamos si puede ser discreto, lo cual parece ser su principal preocupación.

La señora Harris suspiró.

—Bueno, reconozco que la idea tiene su mérito, Madeline, aunque me parece un poco peligrosa.

Para él, quizás. Aparte de malgastar su tiempo sin sacar nada a cambio, alguna de esas niñas tontas podría sostener que él ha hecho algún intento de aprovecharse. Casarse con una criatura virginal que conspirase para convertirse en vizcondesa no estaba dentro de sus planes, especialmente teniendo en cuenta que el consiguiente escándalo arruinaría sus posibilidades de ganar la custodia de su sobrina.

—Yo misma supervisaré las lecciones —dijo la señorita

Prescott a su jefa—. Me aseguraré de que su señoría se adhiera estrictamente a las reglas de la escuela, y...

—Un momento —la interrumpió él—. Si voy a hacer el tonto delante de sus jovencitas, necesito algo más que una vaga esperanza de que aceptarán a mi sobrina. Apostaría que no habrá ningún otro candidato dispuesto a hacer semejante estupidez.

—He rechazado cuatro jóvenes ricas la semana pasada, señor —dijo la directora arrastrando la voz—. Como le he dicho ya, no tengo plazas disponibles. Para aceptar a su sobrina tendré que hacerle un lugar, una proeza nada desdeñable en nuestra temporada de otoño. Y además acabamos de perder a nuestra cocinera...

—Estoy segura de que su señoría puede ayudarnos a encontrar otra. —La señorita Prescott lo miró de reojo—. Tan segura de eso como de que la señora Harris prometerá escribir una carta apoyando su solicitud como tutor si queda contenta con sus lecciones.

Él clavó la mirada en la señora Harris.

—¿Me haría usted esa promesa?

—Eso depende. La señorita Prescott me asegura que su sobrina recibirá malos tratos si permanece bajo el cuidado de sus parientes. ¿Usted cree eso honestamente?

Él asintió.

—Estoy completamente seguro de eso desde que vi a mi tía intimidando a la muchacha en el funeral de mi hermano para hacer que dejara de llorar. —Él tenía esperanzas de que su tía se hubiera suavizado con la edad, pero su comportamiento con Tessa había acabado con esa esperanza. Le llevó a recordar lo dolorosa que fue su propia adolescencia.

Para su sorpresa, la compasión iluminó el rostro de la señora Harris.

—Muy bien —dijo bruscamente—, quedan dos semanas de curso, durante las cuales podrá ofrecer lecciones sobre libertinos una hora al día bajo la supervisión de la señorita Prescott. Si al final de este periodo estamos satisfechas con su comportamiento y ha conseguido no salir en los periódicos por ningún escándalo, matricularé a su sobrina para el próximo curso y escribiré una carta al tribunal apoyando su petición. ¿Estamos de acuerdo?

Él dudaba de ponerse a merced de esa mujer cuyas estrictas ideas le hacían recordar a su detestable tía, y desconfiaba de estar bajo la supervisión de una mujer tan difícil de interpretar como la señorita Prescott.

Pero si les decía algo despreciable acerca de sus lecciones sobre libertinos, Tessa se quedaría sin escuela. Los tribunales decidirían que estaría mejor pasando sus días en el hogar de una pareja temida antes que en el de un calavera, y eso sería el fin de su aspiración a tutor.

La última carta de Tessa le había provocado escalofríos, pues era evidente que la tía Eunice la había estado intimidando. La niña le escribía desde que era capaz de sostener una pluma, y él conocía su estilo. Y el hecho de saber que la tía Eunice vigilaba su correspondencia lo aterrizzaba aún más, pues se preguntaba qué le habría escrito la chica de otra manera.

¿Cuánto empeorarían las cosas si tía Eunice ganaba la custodia legal de Tessa? ¿Qué tipo de horrores infligiría la vieja bruja si podía hacerlo sin restricciones? Recordaba las horas que su prima Jane había pasado cara a la pared sólo por sonreír a un muchacho atractivo. Y eso había sido un castigo muy leve comparado con...

Se estremeció, frotándose distraídamente la cicatriz de las cadenas en la muñeca. Haría cualquier cosa para evitar que Tessa tuviera que soportar lo mismo que él y Jane. Y una carta en apoyo a su petición por parte de una mujer de la reputación de la señora Harris le sería de suma utilidad.

Forzó una sonrisa y le ofreció la mano.

—Acepto, señora.

Cuando la señora Harris le dio la mano, el peso que cargaba sobre sus hombros desde la muerte de su hermano se aligeró. Maldito Wallace por morirse y dejar esa responsabilidad ante sus puertas. ¡Maldito sea!

Dada la poca sensatez de su hermano, probablemente habría provocado el incendio de la posada con un cigarrillo. Y ahora Anthony, después de años luchando por ignorar la forma en que ese hombre llevaba a la ruina la finca de la familia, tenía que arreglar el estropicio que Wallace y la extravagante loca de su mujer habían dejado tras ellos.

Sintió el agudo dolor de la culpa ante un pensamiento tan cruel. Si Wallace no hubiera muerto, él mismo le dispararía. ¿Cómo era posible que ese idiota no se hubiera asegurado de que Tessa tuviera un tutor adecuado?

Ahora esa pobre niña tendría que arreglárselas con el libertino de su tío hasta que pudiera casarse. Lo cual significaba que él tendría que vérselas con las maestras de la escuela superior, al menos durante un tiempo.

Y sería un periodo duro, a juzgar por las reglas que la señora Harris comenzaba a dictar.

Regla número uno: Tenía que llegar a caballo, con el objetivo de no provocar cotilleos en el vecindario con su coche.

Regla número dos: Debía entrar a la escuela por la misma puerta que empleaba el servicio.

Regla número tres: No debía hablar de su cometido a nadie.

Y a propósito de eso... ¿es que esa mujer había perdido el juicio? Si alguien llegara a saber que daba clases a jovencitas sobre cómo evitar ser seducidas se convertiría en el hazmerreír de Londres.

—Y jamás debe estar a solas con las chicas —dijo la señora Harris.

Por el amor de Dios, aquello era cada vez más ridículo.

—¿Que no debo? Es una lástima. Pensaba hacer mi trabajo con cada una de ellas por separado, mancillando su virtud y arruinando todas sus esperanzas de futuro. ¿De verdad no piensa permitírmelo?

El susto que reflejaba el rostro de la señora Harris no le complació tanto como la risita que se le escapó a la señorita Prescott.

—Lord Norcourt... —comenzó la señora Harris con tono de amenaza.

—No estar a solas con las chicas. Lo he entendido. —Su parte diabólica le hizo añadir algo—. ¿Y qué me dice de estar a solas con la directora de la escuela? ¿Eso está permitido? Podría traer champán, algunas fresas...

—Oh, Dios —dijo la viuda poniendo los ojos en blanco—. Que el cielo nos ayude, Madeline, conseguirá que todas las chicas se enamoren de él antes de que se acabe la semana.

—Eso no haría más que demostrar nuestra lección —replicó la señorita Prescott—. Que un libertino puede ser encantador y no hay que creerle una palabra.

—O que los libertinos son demasiado divertidos como para que convenga evitarlos.

Las dos mujeres fruncieron el ceño. Debía mantener la boca callada. Provocar a los pretenciosos funcionaba bien en el bar con sus amigos, pero no tan bien ante las maestras de escuela.

La señora Harris se volvió hacia la señorita Prescott.

—¿Y qué les diremos a los padres? No lo aprobarán.

—¿Por qué tenemos que decirles algo? —preguntó la señorita Prescott—. No estamos haciendo nada malo.

—Pero las chicas lo mencionarán.

—Sí, supongo que al menos debemos darles alguna explicación a ellas. —La maestra se dio unos golpecitos en la barbilla—. Les diremos que la sobrina de lord Norcourt pronto vendrá al colegio, y que por eso él ofrece unas lecciones de prudencia a modo de cortesía. Si las lecciones no cuentan con nuestra aprobación, simplemente les diremos que ha cambiado de idea respecto a inscribir a la señorita Dalton. Sea como sea, para cuando los padres hayan oído algo del asunto y protesten el problema ya estará resuelto. Les llevará algún tiempo relacionar a lord Norcourt con el sonado señor Anthony Dalton.

—Ustedes lo han hecho.

—Exacto —dijo la señora Harris—. Y la chica comparte su apellido, Madeline.

—Los padres envían aquí a sus hijas precisamente porque nuestro programa de estudios es excepcional. Si explicamos que estas lecciones están supervisadas y son apropiadas para jovencitas dudo que se preocupen. —La señorita Prescott deslizó su delicada mano por el brazo del joven—. Vamos, milord, permita que le lleve a hacer un recorrido por la escuela.

—Desde luego, señorita Prescott —dijo él, sorprendido por sus ganas de sacarlo del despacho—. Estaré encantado.

La señora Harris afiló la mirada, pero no dijo una palabra mientras su protegida metía prisas a aquel hombre y luego se encaminaba velozmente por el pasillo, segura de que él la seguiría.

Y en efecto él la siguió, aunque a un paso más relajado que le permitía apreciar bien su pequeño pero redondeado trasero, hecho para ahuecar las manos en torno a él, y para acariciarlo y estrujarlo. Sin duda eso lo pondría un poco colorado...

«¡Para, eres un cachondo gilipollas! —se dijo a sí mismo—. No puedes seducir a la señorita Prescott, no si quieres que Tessa consiga una plaza en la escuela.»

Además, naturalista o no, es una maestra de escuela, lo cual significa que es de las que se casan, y no de las que se dan un revolcón con un libertino. Probablemente era además tan virginal como una monja, lo cual la dejaba totalmente fuera de juego.

Hasta el momento nunca había arruinado a una mujer, y no pensaba empezar ahora. Era la forma segura de acabar atrapado en el matrimonio con una mujer virtuosa, lo cual sólo podía conducir al desastre. No, que otros hombres persiguieran esa escurridiza meta: el matrimonio feliz. A pesar de que a veces se permitía el dulce lujo de imaginarse uno para él, eso no podría pasar. Los hombres como él no podían atreverse a casarse.

Pero eso no significaba que no pudiera disfrutar contemplando lo inalcanzable, y su mirada experta se recreó en la bonita curva de la espalda de la señorita Prescott, los pequeños pero obstinados hombros y los elásticos rizos rubios.

Como si hubiera leído su mente perversa, la joven se volvió hacia él a una buena distancia del despacho.

—Verá, lord Norcourt, si quiere que esto funcione deberá seguir mis consejos. Cuando le dije que esperara mi regreso tenía mis razones.

—¿Cotillear sobre mí con la señor Harris? No creo que eso ayudara a mi causa.

—Desde luego no ayudará a su causa decir cosas escandalosas delante de ella. Con cada comentario imprudente hacía más difícil que la convenciera de quedarse con usted.

—¡De quedarse conmigo! —La miró con desconfianza—. Parece que me está confundiendo con un perro faldero, querida.

—¡No soy su querida, maldita sea! —Lanzó una mirada furtiva hacia el despacho de la señora Harris—. Y ese es precisamente el tipo de comentario imprudente al que me estoy

refiriendo. La señora Harris generalmente es amable, pero los hombres de su clase la irritan mucho.

—¿De mi clase? —repitió él.

—Los libertinos. Ya sabe a qué me refiero.

—Disculpe, estoy tratando de imaginarme a la señora Harris siendo amable.

La señorita Prescott suspiró y siguió avanzando por el pasillo.

—En su juventud —explicó ella mientras él caminaba a su lado—, se fugó para casarse con un apuesto mujeriego que resultó ser un cazador de fortunas. Así que no es nada extraño que le disgusten ese tipo de hombres.

—¿Y qué piensa usted de los mujerigos y libertinos, señorita Prescott? —preguntó él, atento a su reacción.

—Dado que hoy he conocido al primero en mi vida, difícilmente podría expresar una opinión.

—La mayoría de la gente no se detiene por eso.

—La mayoría de la gente ha visto a un sinvergüenza en su hábitat natural. Yo no.

—¿Su hábitat natural? —Él se rio—. Realmente es una amante de la naturaleza. —Se puso delante de ella, bloqueándole el paso—. Pero sé que tiene una opinión. Todo el mundo la tiene. No herirá mis sentimientos aunque me la haga saber. —De ese modo sabría qué podía esperar de ella.

Un suspiro escapó de sus labios.

—Muy bien.

«Ah, ahora vendrá el sermón.»

—Por lo poco que sé, los libertinos parecen ser un espécimen fascinante, que merece ser estudiado. —Pasó furtivamente a su lado y continuó avanzando por el pasillo.

Él consiguió cerrar la mandíbula un poco más tarde y corrió tras ella. ¿Un espécimen fascinante? ¿Qué merece ser estudiado? ¿Estaba hablando en serio?

Segundos más tarde, aparecieron en el vestíbulo por donde él había entrado. El sonido de risitas de niñas bajó en cascada por la impresionante escalera principal. Aquel edificio de la época isabelina por lo visto había sido una residencia privada antes de ser adaptado como colegio, y los altos techos amplificaban el ruido.

La señorita Prescott se detuvo ante una puerta blanca.

—¿Me permite que le muestre el comedor antes de que las chicas bajen para la hora del té? —Hablaban como si acabara de hacerle la proposición más extraña de su vida—. Luego podemos dar una vuelta por las aulas mientras las chicas no estén todavía en sus clases.

—Muy bien. —Entró tras ella en una espaciosa habitación con una mesa de madera de caoba donde cabían fácilmente una veintena de personas—. Dígame, señorita Prescott, ¿cómo puede pensar que los libertinos son dignos de estudio?

Ella se encogió de hombros y caminó a lo largo de la mesa, enderezando las sillas.

—Por su modo de vida peligroso, supongo. Me gustaría entender cómo pueden soportarlo.

—Yo quisiera entender por qué piensa que es peligroso —respondió él, sin estar muy seguro de si trataba de ofenderlo.

—¿No luchan en duelos?

Ah, se refería a ese tipo de cosas.

—Desde luego que no. Eso supondría levantarse al amanecer.

Ella afiló la mirada.

—¿Y no hace carreras con su carruaje?

Su sonrisa engreída se debilitó.

—Yo no tengo un carruaje. —Pero hacía carreras con su coche de dos caballos de tanto en tanto. No tenía sentido mencionarlo.

—Y supongo que tampoco toma bebidas fuertes.

—Bien, sí, pero...

—No es bueno para el organismo. De otra manera no haría que hombres en general sanos sufrieran de dolor de cabeza la mañana después de tomarlas o vomitaran en la calle. Sin duda habrá visto que esas reacciones le pasan una importante factura al cuerpo.

Él extendió los brazos.

—¿Le parece que estoy al borde de la muerte?

La señorita Prescott lo miró con indiferencia.

—Ahora no, pero sospecho que tiene un aspecto muy diferente después de una noche de juerga.

—Me manejo perfectamente bien con mis bebidas —seña-

ló él, inexplicablemente molesto ante su lógica observación—. Desde luego yo no diría que mis juergas son «peligrosas».

—Bien. —Ella se dirigió hacia una puerta en el otro extremo de la habitación—. ¿Practica apuestas?

—Por supuesto. —Aquella era la conversación más extraña que había tenido nunca con una mujer.

—Seguramente aceptará que eso es peligroso. Dado lo improbable que es ganar al lado de perder, cualquier buen matemático puede decirle que sería muy extraño que alguien viera incrementados sus ingresos a través del juego. Sin embargo, los libertinos insisten en arriesgarse a perder todas sus pertenencias.

—No existe tal riesgo si usas las ventajas de las matemáticas aplicadas al juego. Las probabilidades de ganar en el julepe son de cinco a una. Naturalmente depende de si juegas al julepe con tres o con cinco cartas, pero cuando tomas en cuenta la carta empleada al comienzo de cada juego, las posibilidades pueden variar de cinco a uno a diez contra cuatro. De acuerdo con mis cálculos.

La mirada sorprendida de ella rápidamente pasó a ser de admiración, y eso lo hizo sentirse más halagado que nunca. Siempre había sido excelente con las matemáticas, eso le había servido para aumentar su pequeña asignación de manera muy efectiva con las inversiones, pero las mujeres normalmente no se impresionaban por la habilidad de un hombre con las matemáticas.

Observar que ella lo miraba con nuevos ojos llenos de interés despertó sus instintos. Qué fácil sería acercarse unos pasos y besar esos tentadores y carnosos labios...

Eso sí sería peligroso.

—La cuestión, señorita Prescott, es que soy muy consciente de las probabilidades, por eso nunca arriesgo más de lo que puedo permitirme.

Ella colocó la mano en el pomo de la puerta y frunció el ceño.

—¿Pero por qué hay que arriesgar algo? No hace falta apostar para disfrutar jugando a las cartas.

Él se rio.

—Mis compañeros del club no compartirían su opinión, se lo aseguro.

Un estruendo sobre su cabeza la hizo sobresaltarse.

—Vienen las chicas. Rápido, por aquí. No queremos que nos acosen a preguntas y miradas indiscretas.

Él asintió y la siguió hacia el salón de baile. No prestó atención al suelo de roble que cubría una impresionante distancia bajo las arañas de cristal o a las filas de sillas blancas que flanqueaban las paredes cubiertas de una elegante tela verde. Tenía mucho más interés en saber por qué la señorita Prescott, que aparentemente desaprobaba la vida temeraria de los libertinos, le había propuesto dar lecciones a las alumnas que tenía a su cargo.

—Aquí tenemos clases de baile tres veces a la semana —dijo con el tono impersonal de una guía—. Cada sábado por la noche hacemos una asamblea con las chicas, y una vez al mes invitamos a jóvenes del vecindario o a algunos estudiantes para que puedan practicar sus habilidades con caballeros.

—¿Usted baila, señorita Prescott? —se aventuró él, con la intención de averiguar más acerca de ella.

—Cuando puedo. —Dio una vuelta por la habitación y se dirigió hacia las puertas acristaladas que se abrían a una galería donde había una vista privilegiada de los jardines llenos de rosas y de lilas. Cuando ella se detuvo ante la barandilla de mármol, el brillo dorado que el sol de la tarde arrojaba sobre sus magníficos rizos le provocó unas ganas imperiosas de tocarlos.

—Me sorprende que bailar no le parezca peligroso —dijo él, imaginando sus esbeltas caderas girando, sus pechos erectos con un vestido de noche y moviéndose arriba y abajo por el esfuerzo.

—Supongo que bailar puede ser peligroso. —Ella alzó la barbilla—. Si eso lleva a una mujer y a un hombre a hacer otras cosas.

Al menos habían alcanzado el corazón del asunto. Sabía que finalmente ella acabaría sacando a colación la cuestión de la moralidad, especialmente en referencia a las relaciones entre hombres y mujeres. Ese tipo de mujeres que son de las que se casan siempre hacen lo mismo.

—¿Qué otras cosas, señorita Prescott? —dijo él alargando las sílabas. Su parte diabólica lo empujaba a obligarla a decir las palabras en voz alta.

Ella lo miró como si fuera tonto.

—Ya sabe a qué me refiero. A la cópula.

—¿A la cópula? —Él se echó a reír. Posee un vocabulario interesante para una maestra de escuela.

—La palabra viene de Shakespeare —dijo ella a modo de defensa—. Es perfectamente aceptable.

—Tal vez para una taberna en Spitafields, pero las mujeres educadas no emplearían la palabra «cópula».

—¡Oh, pero deberían! De ese modo aprenderían los peligros que implica. La cópula indiscriminada es la actividad más peligrosa de los libertinos. Propaga enfermedades, provoca caracteres cómo el de esa Harriette Wilson con sus memorias sobre como chantajear a un caballero con la amenaza de la ruina y puede conllevar el nacimiento de hijos ilegítimos...

—¿Enfermedades? —la interrumpió él, incrédulo—. Chantaje e hijos ilegítimos. ¿Eso es lo que la preocupa a usted del indiscriminado copular de los libertinos?

—Por supuesto. —Ella lo miraba con genuina sorpresa—. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿La virtud? ¿La moralidad?

Ella soltó un bufido.

—Eso es principalmente lo que hace que la cópula indiscriminada sea tan imprudente. La mujer se lleva la peor parte en todo esto. Además de perder su posición y probablemente su hogar, se arriesga a verse con niños y expulsada de una sociedad que la tacha de inmoral para excusar que no protege a las mujeres de...

—¿De hombres como yo?

—Bueno... sí.

La acusación apenas velada lo enervó. Era cierto que las mujeres podían caer en picado y pasar de ser respetables a ser despreciables a los ojos de la sociedad con mucha facilidad, incluso si fuera un hombre quien tuviera la culpa de eso, pero él nunca había cometido ese tipo de injusticia. Sus amantes siempre habían sido palomas manchadas o viudas que habían elegido divertirse con él. Ninguna de ellas parecía necesitar mucha protección.

Sin embargo, al considerar el futuro de su sobrina, ya no

veía las perspectivas típicas de las mujeres de la misma manera. Y eso lo afectaba. Profundamente.

Y también estaba molesto. No se trataba de que él hubiera estado arruinando mujeres a diestro y siniestro. Y estaba tratando de hacer las cosas bien con Tessa, maldita sea, aunque eso pudiera significar años de largas noches solo en su cama, sin poder ahuyentar la oscuridad con la bebida o las mujeres.

Pensar en la renuncia que él estaba haciendo, el sacrificio que ella ni siquiera estaba teniendo en cuenta, lo incitó a intimidarla.

—Algunas personas, incluso mujeres, encuentran que merece la pena arriesgarse por los placeres de la cópula, señorita Prescott.

Aunque ella se quedó sin aliento, no se echó atrás.

—No puedo imaginar por qué. —Su limpia y dulce fragancia lo embriagó cuando él se encontró con su mirada—. Era sincero cuando aseguró que se comportaría como un caballero en la escuela, ¿verdad?

Él estuvo a punto de señalar que sólo se había comprometido a comportarse como un caballero con sus alumnas. Pero nada había cambiado... ella no era el tipo de mujer que podía seducir.

Con lo que él mismo consideró un admirable dominio, se echó hacia atrás.

—No tengo otra elección —soltó, todavía irritado ante esa verdad.

—Todo el mundo tiene elección, señor.

—¿Incluso aquellos que hemos nacido malvados?

—No sea tonto —lo reprendió—. La maldad es sólo una cuestión de mal comportamiento, de un hábito cultivado a lo largo del tiempo. Uno simplemente tiene que romper con el hábito.

—Pero ambos sabemos que los hábitos son difíciles de romper. —De pronto creyó comprender algo—. ¿Es eso lo que la preocupa? ¿Qué no pueda evitar ejercer mis malos hábitos con las chicas que tiene a su cargo?

Su franqueza ensombreció sus saludables facciones. Bajó la mirada.

—Por lo que he oído y usted sugería, decía la verdad cuando afirmaba que prefería a las mujeres experimentadas.

—Y como naturalista, realmente desea confiar en eso. —Buscó su rostro—. Pero una parte de usted todavía teme que tantas mujeres jóvenes y bellas puedan ser... demasiado... tentadoras para... mis hábitos de seductor.

Cuando se encontró con su mirada y vio la respuesta en su expresión, él se contrajo.

—No se preocupe, señorita Prescott. Mi seducción se limita a las mujeres adultas. No soy un corruptor de menores. Puede confiar en que me comportaré de manera totalmente apropiada con las jovencitas.

—Bien. —El alivio se reflejó en su rostro—. Necesito este puesto, sabe, y si usted intenta seducir a una sola de mis pupilas...

—¿O a usted?

Las palabras se le escaparon antes de poder detenerlas, y un destello de incertidumbre hizo su mirada más profunda. Lo disimuló con una risa temblorosa.

—Puede tratar de seducirme tantas veces como quiera. Será inútil. Soy demasiado consciente de los riesgos. Además, ese tipo de cosas no me tientan.

¡Cómo no la iban a tentar!

—Entonces será mejor que esté muy atenta si se me acerca, querida —dijo suavemente—. O le demostraré cuánto se equivoca.

Para su gran satisfacción, esas palabras consiguieron sonrojar sus mejillas.

—Ese no sería exactamente el modo de demostrar a la señora Harris su discreción, ¿no cree?

Sólo la leve nota de reprobación en su voz evitó que le demostrase hasta qué punto podía ser discreto seduciéndola.

Él se apoyó en la barandilla.

—Tengo que preguntarle, dadas sus opiniones respecto a los libertinos y su obvio escepticismo ante mi habilidad para comportarme, ¿por qué diablos ha sugerido que dé lecciones a sus estudiantes?

Con una expresión de pánico, ella se volvió de cara a los jardines.

—Yo... bueno... la verdad es que... espero que usted haga algo por mí a cambio.

La decepción que lo invadió fue mucho más profunda de lo debido. No esperaba que ella fuera exactamente igual que cualquier otro.

Tras heredar su título, personas prácticamente extrañas habían comenzado a declararse sus grandes amigos. Matronas de la alta sociedad que siempre lo habían desdeñado ahora lo invitaban a sus fiestas para mejorar su estatus social. Aduladoras que antes lo habían despreciado por ser sólo el segundo hijo ahora trataban de captar su atención en los bailes.

Los comerciantes eran los peores. De pronto no podía entrar en las tiendas sin que pusieran costosos objetos en sus narices para que los examinara. Todo aquello nunca le había ocurrido al joven señor Dalton. El peso de la herencia de su hermano le pareció ahora más pesado que nunca.

—¿Cuánto? —dijo él con tensión.

Ella volvió la cabeza.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto dinero necesita?

Eso pareció encender su carácter, pues se plantó las manos en las caderas y lo miró con frialdad.

—Lo único que necesito es un favor. Uno que le costará muy poco, me atrevería a decir.

—Eso lo dudo —dijo él con sequedad.

—No es nada nuevo para usted... tan sólo una de esas fiestas de óxido nitroso que suele organizar.

—Que solía organizar —corrigió él—. No organizaré ninguna más.

—¡Oh, pero tiene que hacerlo! Ese es el favor que yo quiero. Verá... ¿puede invitarme a una de esas fiestas de óxido nitroso?